

3. CENTROS EDUCATIVOS**FICHA 2****LA SOPA DE PIEDRA**

(Adsis Cooperación 2002-03:76-77)

Érase una vez un país muy cercano (¿por qué los cuentos tienen que ocurrir siempre en países lejanos?), en un pueblo pequeño, donde los vecinos se conocían tanto y tan profundamente que no tenían ya nada que decirse: su vida era tan monótona que ya no esperaban nada. Su vida transcurría sin sorpresas ni ilusiones... Hacen lo de siempre, todo igual, como siempre.

Aquella mañana había amanecido como siempre; al salir el Sol (por el Este, como siempre), los gallos habían cantado un poco antes... y nada hacía presagiar que iba a ser un día distinto.

Con las primeras luces del Sol, cuando cada uno estaba en su trabajo, llegó a la plaza Mayor un joven forastero con una mochila a la espalda. Le resultó extraño que la gente apenas saludara por la calle, que cada cual fuera a lo suyo ignorando a los demás.

El joven forastero se acercó a la primera vivienda que vio con la puerta abierta. Dio tres sonoros toques con la aldaba y salió una mujer de negro que miró al joven de arriba abajo antes de saludarle.

-¿Qué desea? - le dijo la mujer con un tono distante.

-Buenos días - respondió el joven con una ligera inclinación de cabeza en señal de respeto -. Desearía, si es usted tan amable, que me permitiera utilizar su cocina y cacerolas para hacer una sopa de piedras. Yo traigo el ingrediente principal. Usted solo tiene que dejarme la cocina, agua y una gran cacerola.

Ante la respuesta, la mujer abrió unos ojos como platos y, sorprendida, le pidió que entrara en la cocina; le preparó el fuego, la cacerola llena de agua y se quedó mirando llena de expectación, según abría la mochila y sacaba de ella dos piedras, una de granito y otra de cuarzo blanco, y las depositaba, con la ayuda de la espumadera, en el fondo de la olla.

Mientras esperaban que estuvieran las piedras cocidas, la mujer fue a avisar a un par de vecinas y, a su vez avisaron a otras. Ya se sabe, en un pueblo sin sorpresas ni ilusiones, tan monótono como éste, cualquier cosa que cambie un poco el ritmo diario puede ser considerado como un verdadero acontecimiento.

Antes de que empezara a hervir todo le pidió a la dueña de la casa un poco de sal. Cuando el caldo de piedra empezaba la ebullición, el joven acercó una cuchara a la olla y probó la sopa saboreándola. Todas las vecinas tenían los ojos clavados en el forastero.

Después de haber probado el guiso dijo el joven:

- Esto ya está casi, aunque, a decir verdad, estaría mejor si tuviera también alguna papa.

Una vecina, inmediatamente salió a su casa y volvió con seis hermosas papas, que fueron derechas al caldero.

Volvió a probarlo al cabo de los 15 minutos y dijo:

- La verdad es que ha mejorado muchísimo este caldo, pero si se pudiera añadir un poco de carne estaría muchísimo mejor.

Y al punto, otra vecina fue a su casa y volvió trayendo un gran trozo de carne.

Entonces intervino otra y dijo si no sería mejor ponerle algunos chorizos para que el caldo tomara color. Y otro vecino propuso alguna verdura un poquito amarga para contrarrestar la grasa del chorizo. Y así lo fueron haciendo. Y así lo hicieron.

Y cuando estuvo todo bien cocinado prepararon unas cuantas mesas en la plaza Mayor y todos los vecinos del pueblo pudieron disfrutar de la sopa de piedras.